

“LE DEUXIEME SEXE” DE SIMONE DE BEAUVOIR

Simone de Beauvoir ha escrito novelas, teatro, ensayos y un tratado de psicología, *Le deuxième sexe*, que motiva esta nota. En toda su obra encontramos, fundamentándola filosóficamente, algunos de los principales conceptos sartreanos, y es a partir de esta posición existencialista que aspira a fundar una ética de la libertad, intento que ensaya sistemáticamente en “*Pour une morale de l’ambiguïté*”. La trágica situación del hombre cuya vida es un transcurrir hacia la muerte, su libertad y su dependencia, su miseria y su pareja importancia, su soledad y su relación constante con los otros hombres, configuran esa ambigüedad que el hombre debe asumir, pues sólo por un decidido conocimiento de los términos en que encuentra su existencia podrá darle cada uno el único valor y el único sentido que la justifique, sentido y valor que no pueden ser externos, ya que “el hombre auténtico no consentirá en reconocer ningún absoluto extraño”. (*Pour une morale de l’ambiguïté*).

Esta tesis la encontramos revestida de forma literaria, drama o novela, en sus obras “*Tous les hommes sont mortels*” y “*Les bouches inutiles*”. Aquí el tema constante es la premiosa urgencia que siente el hombre de elegir su destino, de decidir la forma de su vida e incluso de jugársela cuando ese juego se siente como lo más auténtico. La afirmación de la libertad por encima de todos los determinismos, el “quererse libre”, el hacer de la libertad la fuente de todos los valores y un fin en sí misma: son éstos los resortes que en última instancia mueven a sus personajes, en quienes desentraña esa moralidad que surge del actuar espontáneo, de la elección consciente y responsable de cada momento que ha de vivirse, elección que para Sartre “no es otra cosa que el ser de cada realidad humana: ya que para la realidad humana no hay diferencia entre existir y elegirse”.

Así la vida es obra de nuestra decisión, y su importancia reside en lo que nosotros hagamos de ella, vale decir “es una partida que uno puede ganar o perder”.

Por eso, como la moral es la que debe enseñar al hombre a ganar esa partida, a Simone de Beauvoir le interesa llegar a éste en su individualidad, en sus problemas y en su constante esfuerzo por realizar su ser. Esta preocupación, manifiesta en sus obras literarias, que no son la proyección en personajes de

sus problemas psicológicos, sino la expresión de un anhelo total sin especificación de sexo que ella siente, no en cuanto mujer sino en cuanto ser espiritual, se patentiza con toda claridad en su obra, más seria, de psicóloga. Dirigida al estudio de la mujer, es parte de ese interés general por todo individuo que aspira a lograr su más íntimo y armónico desarrollo.

"Le deuxième sexe" estudia la psicología femenina en un intento de liberar a esa palabra, femenino, del aparato conceptual tradicional que la rodea. Lo femenino no es sino lo que la sociedad espera que "el segundo sexo" sea y el "mito de la femineidad" no pasa de ser eso. La civilización ha constituido un arquetipo que se impone a cada mujer como de esencia inmutable. Su incumplimiento aparece como una desviación de las más sagradas leyes biológicas. De ahí que cuando una mujer no acepta dicho armazón para su personalidad, sobreviene el conflicto: esa mujer, por querer ser tal cual es, sucede que no es tampoco mujer. El círculo vicioso es evidente. Se olvida que "on ne naît pas femme: on le devient". Ese modelo de la femineidad no es producto de la observación de la mujer en su actividad libre y si generalmente dicho esquema coincide con las manifestaciones corrientes de la mujer, se debe a una previa y dirigida supresión de las formas espontáneas. Porque no existe, dice Simone de Beauvoir, un destino biológico, psíquico o histórico que defina la figura de la mujer en la sociedad: ésta es sólo el producto elaborado por la civilización. Si en general puede hablarse de una coacción social sobre los seres humanos, en lo específicamente femenino esta coacción es de tal peso que anula también el deseo de reacción y se da el caso que aun las mujeres más emancipadas tienen el sentimiento de haber frustrado su "femineidad". Acatan así inconscientemente el imperativo externo que les niega el derecho a hacer su vida atendiendo a sus más verdaderos impulsos y a crear su propia femineidad, vale decir su persona.

Simmel por ejemplo, reconoce que la exagerada desigualdad con los hombres que ha sufrido durante tanto tiempo la posición y el trabajo de la mujer ha impedido la creación de una objetividad específica femenina; una nueva orientación de la libertad femenina significaría sin duda el descubrimiento de un nuevo continente cultural que nos daría una nueva síntesis de la cultura. Pero a renglón seguido obtiene como conclusión que la falta de una cultura femenina se debe no al azar de la evolución histórica sino a cierta discrepancia fundamental entre la forma de la femineidad y la cultura objetiva misma. Además admitiendo que la mujer sólo ha sido estudiada en su relación real, ideal, estimativa con el hombre y nunca por lo que es en sí, concluye que el destino histórico, social, fisiológico de

esas existencias femeninas consiste en ser tratadas y estimadas como medios y hasta en concebirse ellas mismas como medios: medios para el hombre, para la casa, para el niño. Sobre este mismo punto García Morente discrepa fundamentalmente con Simmel, pues atribuye la ausencia de una cultura femenina a la imposibilidad de la mujer de desarrollar cualidades creadoras de cultura en la situación histórico-social en que ha vivido. Entiende por el contrario que la liberación de la mujer será, y con ese sentido debe encararlo la mujer, el medio para la creación de una cultura femenina que lejos de desvirtuar su esencia la enriquecerá con notas más variadas y profundas).

En síntesis, opina Simone de Beauvoir, no sabemos qué es la mujer ni cuál su capacidad de acción, de pensamiento o de creación. Hasta ahora la voluntad femenina no se ha desarrollado en la búsqueda de otras perspectivas pues ha aceptado que su destino se configure como un círculo cerrado: crecer y madurar sexualmente, llegar al amor y a la maternidad y realizar todo esto dentro del solo marco del hogar, con referencia exclusiva al hombre y los hijos. (El acceso de la mujer a las profesiones no implica contradicción con lo anterior, pues en la mayoría de los casos no llega a significar una verdadera liberación del destino común).

Se pueden señalar en el libro varias características valiosas. En primer lugar, la ausencia de un dogma "a priori" que obligue al análisis de los hechos psicológicos a ceñirse a aquel. Al leer a otros psicólogos, por ejemplo a Helène Deutsch, deprime observar que todo acontecimiento psíquico es necesariamente encuadrado dentro de las cuatro o cinco posibilidades que se le otorgan al ser humano. La causa de las distintas modalidades femeninas que encuentra en la identificación con la madre o el padre, en la envidia más o menos reprimida por el otro sexo, en las fantasías de maternidad juveniles. Vale decir que para esta psicoanalista los factores determinantes de toda la psicología femenina son el complejo de Edipo, el complejo de castración, el complejo de masculinidad. La acción del medio, la gravitación de los problemas personales sobre la cultura, la sensibilidad o la inteligencia quedan reducidos a elementos secundarios en la formación de cada individuo que no pasa así de ser un esquema más o menos indiferenciado del resto. En esa forma puede hablar de "lo femenino" y definirlo en cuatro palabras: pasividad, intuición, fantasía y subjetividad. Lo que no se encuadre dentro de este esquema, aunque aparezca en una mujer, por ejemplo actividad, objetividad, independencia, responde a la acción de sus componentes masculinos o a la represión y sublimación de lo específicamente femenino. Este panorama se nos ocurre limitadísimo.

Simone de Beauvoir reacciona contra esta concepción de los arquetipos masculino-femenino que da valor positivo al primero y negativo al segundo. No hace tipificaciones abstractas, no abusa de la explicación por el inconsciente cuando la causa es evidente en los otros planos de la realidad y no nos obliga a aceptar un determinismo sexual estricto. Así abre para el desarrollo espiritual de la mujer un campo que los antifeministas por un lado y los psicoanalistas por otro habían cerrado.

Otro valor del libro es su objetividad. El estudio de la mujer es desapasionado, bien lejos de poner en juego una morbosidad como la que usara Weininger en "Sexo y Carácter" o de hacerlo servir a fines polémicos o bien de liberar represiones contra el sexo masculino, Simone de Beauvoir analiza concretamente aspectos de la vida femenina en relación con la cultura y el medio y los explica por causas inmediatas, sin desconocer las corrientes inconscientes. Desenmascara así muchas modalidades "típicamente femeninas" mostrándolas como resultado de procesos en que lo biológico o psicológico específico de la mujer no interviene absolutamente. De ahí surgen posibles nuevas direcciones que el carácter femenino podrá manifestar cuando las causas ajenas a él sean suprimidas. Sobre cuál será la expresión que entonces asuma, Simone de Beauvoir admite hasta lo inesperado.

Por otra parte es digna de señalarse la audacia y firmeza con que fué escrito. Proclamar el derecho de la mujer a la igualdad social, política y sexual con el hombre no es nuevo. En el campo de las reivindicaciones feministas eso se ha hecho muchas veces. Es corriente oír hablar de su capacidad para determinadas tareas y su derecho a ejercitarlas, usando muchas veces argumentos tan débiles como la existencia en la historia de mujeres de talento. Simone de Beauvoir hace algo distinto y su obra es decididamente precursora de una actitud nueva. A diferencia de cierto feminismo tradicional ya, Simone de Beauvoir ha escrito un tratado de psicología serio, ha reconocido en él objetivamente la inferioridad demostrada por la mujer hasta el presente en todos los campos en que puede competir con el hombre y la dependencia en que aun permanece de los valores masculinos, y no obstante eso, afirma su fe en el ser humano como tal y reclama para la mujer, la liberación —no solamente política o sexual— sino su liberación espiritual, su liberación de la traba educacional, su liberación del prejuicio de la superioridad masculina. Es decir, lo que se desea es la liberación de la mujer de la falsa femineidad para lograr su auténtico destino humano que sólo podrá conseguirse cuando se le otorgue la posibilidad de elección.